

apartados 2, 3 y 4... la naturaleza subjetiva del movimiento ocupa un lugar central del capítulo II, apartado 2.2; IV, apartado 1... El resultado se traduce en una excesiva complejidad estructural que -si bien puede ser debida a la relación entre los aspectos analizados- en mi opinión resulta inadecuada en una obra que deja más que demostrada la erudición y suficiencia investigadora de la autora.

Es realmente una pena que este tipo de factores empañen la simplicidad organizativa de un gran trabajo donde no sólo la cuidada presentación, sino el análisis y planteamiento de los temas, nos permiten confirmar que nos hallamos ante una brillante contribución al estudio de la novela modernista hispanoamericana.

Eva María Díaz Martínez

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ. *La ciudad inventada*. León: Breviarios de la Calle del Pez 31, Diputación Provincial, 1994, 137 pp.

LA CIUDAD Y LA NOVELA

Pocas cuestiones de índole cultural han suscitado tanto interés en los últimos años como la de la incidencia de la ciudad en las obras de teatro, de poesía y de novela. Sin embargo, no cabe duda que, de los tres macrogéneros mencionados, es el de la novelística el más susceptible de asociarse al mundo urbano, tal como atestigua la historia de las letras occidentales, hasta el punto de que la narración novelesca como tal nace en el seno de las ciudades y se desarrolla en ellas y en gran medida gracias a ellas.

Sentada esta certeza, es oportuno preguntarse por el *quid sit* del modo de referencia y de tratamiento de lo urbano en los distintos narradores de las distintas culturas de las distintas épocas. En otras y en pocas palabras: procede preguntarse por el grado de invención que afecta a las urbes de los relatos novelescos, y la respuesta puede ser compleja, aunque entendemos que la presencia de una ciudad en una novela, en virtud de la naturaleza más o menos ficcional de cada texto concreto, siempre será más o menos inventada, cuando no inventada del todo. Ahora bien: hay novelistas con un propósito más pleno que otros de ficcionalizar la ciudad, de inventarla, sobre todo entre los narradores de la segunda mitad de nuestro siglo, y aun los del momento actual, dado que hoy se tiene una conciencia más lúcida que nunca de la importancia de las ciudades para la forja humana, incluyendo también en dicha forja el desarrollo imaginativo.

DEL PLAN Y LA INTRODUCCIÓN

Sirvan las líneas anteriores como breve presentación del libro de José Enrique Martínez *La ciudad inventada*, una monografía sin pretensiones aparentes, y ofrecida de manera sencilla, a causa de la índole de la colección en la que se edita, pero sin embargo densa porque está llena de noticias y de saberes sobre la incidencia de la ciudad de León en la literatura española, y muy en especial en la novelística de tres narradores leoneses excepcionales: Luis Mateo Díez, José María Merino y Juan Pedro Aparicio. El estudio del tratamiento literario de León en la obra de los narradores citados constituye precisamente lo más sustantivo de la segunda parte del libro, cuyo

título se ha tomado del que el profesor Martínez da a dicha segunda mitad, en tanto la primera se titula "Antecedentes y lejanías" y se centra sobre todo en las diversas visiones de la capital leonesa transmitidas en páginas de Azorín, Crémer y Severiano Fernández Nicolás.

La ciudad inventada va precedida de una introducción donde el autor se refiere a sus previos acercamientos al tema de este libro, a la justificación de haberlo escrito, e igualmente a varios textos de las letras españolas, desde el siglo XVI al XX, en los que León ciudad y la tierra leonesa están presentes también, pero en distinta medida. En las páginas prologales recuerda José Enrique Martínez que las calles y las plazas de León son elementos del escenario de *La pícara Justina* (1605), novela atribuida al toledano Francisco López de Ubeda. Luego, hasta siglo y medio después no se cuenta con otra importante novela, la del P. Isla *Fray Gerundio de Campazas* (1758), en la que León tenga algún protagonismo, aunque en ella ya no es la ciudad, sino el campo leonés, el marco principal de localización geográfica. Dado que *El Señor de Bembibre* (1844) de Enrique Gil y Carrasco se desarrolla en El Bierzo, y el título de Concha Espina *La esfinge maragata* (1914) es suficientemente ilustrativo, habrá que esperar a la pluma de Azorín para encontrarnos con otras prosas relevantes dedicadas a la ciudad del Bemessa.

AZORÍN, CRÉMER Y FERNÁNDEZ NICOLÁS

"Azorín: una vieja ciudad para soñar la historia". Así titula José Enrique Martínez el capítulo reservado a la visión azoriniana de la capital leonesa. Y a fe que el título es apropiado, pues para el sensible escritor de Monóvar León era un elemento básico en el compendio de la esencia de España. Era un ámbito vetusto en el que cabe palpar la melancolía del pasado y en el que la historia se respira y por ende predispone a que pueda soñarse.

León ha repercutido siempre y enormemente en la escritura de Victoriano Crémer, que nunca ha dejado de tomarle el pulso a la ciudad, dando especial testimonio de ello en su peculiarísimo día a día periodístico. Martínez circunscribe su enfoque del León cremeriano a las narraciones *Libro de Caín* (1958), *Historias de Chu-Ma-Chuco* (1970) y *Los trenes no dejan huella* (1986). Es llamativo el biografismo con el que Crémer tiñe el León de la primera de las novelas citadas. Pero la ciudad cobra todavía más importancia en la segunda, no en balde "Chu-Ma-Chuco" representa a León, en concreto al León de los años treinta republicanos. En el relato revive el novelista algunas experiencias de su cautiverio en el San Marcos y en Puerta Castillo. *Los trenes no dejan huella* lleva como subtítulo "Historia secreta de una ciudad", lo que ya supone un anuncio del relieve que alcanza en esta novela la ciudad de León, a la que se denomina "Maqueda", y a la que se retrata preferentemente desde estampas sobre sus virtudes y sus miserias humanas.

La ciudad de León constituye el espacio básico de las partes segunda y tercera -ambientadas respectivamente en los años 1946 y 1949- de la novela de Severiano Fernández Nicolás *Después de la tormenta*, aparecida en 1964. Obra que pertenece a la llamada tendencia "social", su realismo literario está tan logrado que el

León que se plasma en el texto-palpitar humano, calles, río, etc.- provoca en los lectores una vívida sensación de que la ciudad puede respirarse a través de las páginas del relato.

José Enrique Martínez reserva el capítulo "La ciudad en la lejanía" para englobar la noticia más o menos breve de aquellas novelas en las cuales la capital leonesa no es el escenario de la trama novelesca, sino un enclave muy de poca entidad, de paso, ocasional, esquemático, evocado, meramente aludido, e incluso no nombrado siquiera, si bien en este último supuesto León puede ser una referencia innecesaria, por implícita. Las novelas que cabe enumerar aquí en virtud de que en ellas se ejemplifica alguna de estas posibilidades, son las siguientes: *Los árboles de oro* (1962) y *Todas las noches amanece* (1979) de Ramón Carnicer; *Un sitio para soledad* (1969), *La costa de los fuegos tardíos* (1973) y *País de los Losadas* (1978) de Antonio Pereira; *Los bravos* (1954), *El hombre de los santos* (1969), *Libro de la memoria de las cosas* (1971), *Jaque a la dama* (1982), *Los jinetes del alba* (1984) y *Balada de amor y soledad* de Jesús Fernández Santos; *Historia de una maestra* (1990) de Josefina R. Aldecoa.

EL LEÓN DEL "GRUPO LEONÉS"

En la segunda parte de su monografía, la que ya dijimos que da título a la misma, José Enrique Martínez explica el alcance del concepto "ciudad inventada" que justificará en la narrativa del "grupo leonés" o "escuela de León" integrado por Luis Mateo Díez, José María Merino y Juan Pedro Aparicio. "Inventada" vale aquí como urbe ficcional, pero referida a León, que será la base ciudadana de la ficcionalidad novelesca de tales autores.

Martínez explicita las calas fictivas que en la capital leonesa se efectúan en algunos cuentos de Luis Mateo Díez antes de glosar la presencia de León como referente en las novelas del narrador de Villablino. La ciudad impregna tanto *Las estaciones provinciales* (1982) que Martínez no duda en calificar esta obra como, "verdaderamente, la novela de León", aunque estemos ante un León susceptible de simbolizar a cualquier ciudad provinciana de los años cincuenta. Un León fantasmal y desfigurado por la técnica esperpéntica es el que se esconde en las partes primera y tercera de *La fuente de la edad* (1986), mientras en *Las horas completas* (1990) y *El expediente del naufrago* (1992) se adelgaza el referente a la ciudad, pese a lo cual los lectores que conocen León no dejan de reconocerla en las páginas del novelista.

En el libro de José María Merino *Cuentos del reino secreto* (1982) se encuentran hasta diez relatos en los que León es escenario de la trama, un escenario ciudadano que brinda el espacio físico fundamental de la novela *El caldero de oro* (1981); que únicamente se menciona y evoca en *La orilla oscura* (1985); y que acaba evaporándose en *El viajero perdido* (1990), pero que toma a emerger como marco localizado en la novela *El centro del aire* (1991).

El León en que tuvo asentamiento la Legión Cóndor durante la guerra civil española configura el enclave geográfico de la novela corta *El origen del mono*, la cual acompaña a otros relatos en el libro del mismo título que dio a luz Juan Pedro Aparicio en 1975. Otro León, el de los años sesenta, será el ámbito de la novela *El año del*

francés (1986), brindando un espacio urbano que los personajes recorren a través de sus calles principales, cuyos viejos cines se evocan con añoranza. En *Retratos de ambigü*, novela con la que Aparicio obtuvo el Premio Nadal de 1988, no se describe la capital leonesa, pero la onomástica de sus monumentos, calles y plazas, e incluso bares, sí se corresponde con la del León real. León es "la ciudad de Lot" en *La forma de la noche* (1994), nombre que suplanta el de la urbe del Bernesga, tal vez como recurso para describirla más objetivamente desde detrás de unas resonancias bíblicas que sirvieron al novelista como atalaya distanciadora.

Después de constatar la presencia literaria de León en los tres novelistas merced a los cuales la ciudad se ha convertido en un lugar inventado, José Enrique Martínez reserva unas cuantas páginas a Francisco Umbral y a su novela *El hijo de Greta Garbo* (1982), que contiene interesantísimas referencias a la capital leonesa.

Por nuestro lado, al término de nuestro sumario repaso al contenido de la monografía, creemos de justicia enfatizar que, ciertamente, León ha dado mucho juego, como referente más o menos importante, más o menos recreado, más o menos construido por la imaginación, en numerosas páginas de no pocos narradores leoneses, tal como ha espigado con meticulosidad Martínez. Empero conviene llamar asimismo la atención hacia el hecho de que hay menos localismo del que acaso pudiera sospecharse en los relatos de los novelistas estudiados. León presta color local, desde luego, a diversos textos, pero lo que prima sobre todo en el "grupo leonés" es que se ha partido del León real como excusa para las creaciones literarias, lo que de paso no solo conlleva un homenaje personal a la ciudad, sino que contribuye a labrar un horizonte mítico para ella que ha empezado a inventarse en las décadas finales del siglo XX.

José María Balcells